

HERRERA, FERNANDO DE (1534 – 1597)

SONETOS

Soneto I

Osé y temí; mas pudo la osadía
tanto, que desprecié el temor cobarde.
Subí a do el fuego más m' enciende y arde,
cuanto más la esperança se desvía.

Gasté en error la edad florida mía;
aora veo el daño, pero tarde;
que ya mal puede ser, qu' el seso guarde
a quien s' entrega ciego a su porfía.

Tal vez pruevo (mas, ¿qué me vale?) alçarme
del grave peso que mi cuello oprime;
aunque falta a la poca fuerça el hecho.

Sigo al fin mi furor, porque mudarme
no es onra ya, ni justo, que s' estime
tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

Soneto II

Voy siguiendo la fuerça de mi hado
por este campo estéril y ascondido:
todo calla, y no cesa mi gemido;
y lloro la desdicha de mi estado.

Crece el camino, y crece mi cuidado;
que nunca mi dolor pone en olvido.
El curso al fin acaba, aunqu' estendido;
pero no acaba el daño dilatado.

¿Qué vale contra un mal siempre presente
apartar s' y huir, si en la memoria
s' estampa, y muestra frescas las señales?

Buela Amor en mi alcance; y no consiente
en mi afrenta qu' olvide aquella istoria,

que descubrió la senda de mis males.

Soneto III

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,
armar de duro ielo el pecho mío;
porqu' el fuego d' Amor al grave frío
no desatase en nuevo encendimiento.

Procuré no rendir m' al mal que siento;
y fue todo mi esfuerço desvarío.
Perdí mi libertad, perdí mi brío;
cobré un perpetuo mal, cobré un tormento.

El fuego al ielo destempló en tal suerte,
que, gastando su umor, quedó ardor hecho;
y es llama, es fuego, todo cuanto espiro.

Este incendio no puede darme muerte;
que, cuanto de su fuerça más deshecho,
tanto más de su eterno afán respiro.

Soneto IV

El Sátiro qu' el fuego vio primero,
de su vivo esplendor todo vencido,
llegó a tocallo; mas provó, encendido,
qu' era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.

Yo, que la pura luz do ardiendo muero,
mísero vi, engañado y ofrecido
a mi dolor, en llanto convertido
acabar no pensé, como ya espero.

Belleza, y claridad antes no vista,
dieron principio al mal de mi deseo,
dura pena y afán a un rudo pecho.

Padesco el dulce engaño de la vista;
mas si me pierdo con el bien que veo,
¿cómo no estoy ceniza todo hecho?

Soneto V

Órrido invierno, que la luz serena,
y agradable color del puro cielo
cubres d' oscura sombra y turbio velo
con la mojada faz de nieblas llena;

buelve a la fría gruta, y la cadena
del nevoso Aquilón; y en aquel ielo,
qu' oprime con rigor el duro suelo,
las furias de tu ímpetu refrena.

Qu' en tanto qu' en tu ira embravecido,
asaltas el divino Esperio río,
que corre al sacro seno d' Occidente,

yo triste, en nube eterna del olvido,
culpa tuya, apartado del Sol mío,
no m' enciendo en los rayos de su frente.

Soneto VI

Al mar desierto en el profundo estrecho
entre las duras rocas, con mi nave
desnuda tras el canto voy suäve,
que forçado me lleva a mi despecho.

Temerario deseo, incauto pecho,
a quien rendí de mi poder la llave,
al peligro m' entregan fiero y grave;
sin que pueda apartarme del mal hecho.

Veo los uestos blanquear, y siento
el triste son de la engañada gente;
y crecer de las ondas el bramido.

Huir no puedo ya mi perdimiento;
que no me da lugar el mal presente,
ni osar me vale en el temor perdido.

Soneto VII

No puedo sufrir más el dolor fiero,
ni ya tolerar más el duro asalto
de vuestras bellas luzes, antes falto

de paciencia y valor, en el postrero

trance, arrojando el yugo, desespero;
y, por do voy huyendo, el suelo esmalto
de rotos lazos; y levanto en alto
el cuello osado, y libertad espero.

Mas, ¿qué vale mostrar estos despojos,
y la ufanía d' alcanzar la palma
d' un vano atrevimiento sin provecho?

El rayo que salió de vuestros ojos
puso su fuerça en abrasar mi alma,
dexando casi sin tocar el pecho.

Soneto VIII

¿Por qué renuevas este encendimiento,
tirano Amor, en mi herido pecho?
que ya, casi olvidado del mal hecho,
vivía en soledad de mi tormento.

Cuando más descuidado y más contento,
rebuelves a meterm' en tanto estrecho;
oblígame, cruel, qu' a mi despecho
procure contrastar tu fiero intento.

Las armas, en el templo ya colgadas,
visto, y el azerado escudo abraço,
y en mi vengança salgo a la batalla.

Mas ay, qu' a las saetas, que templadas
en la luz de mi Estrella están, y al braço
tuyo no puede resistir la malla.

Soneto IX

Esta desnuda playa, esta llanura
d' astas y rotas armas mal sembrada;
do el vencedor cayó con muerte airada,
es d' España sangrienta sepultura.

Mostró el valor su esfuerço, mas ventura
negó el suceso, y dio a la muerte entrada,

que rehuyó dudosa y admirada,
del temido furor la suerte dura.

Venció Otomano al Español ya muerto
antes del muerto el vivo fue vencido,
y España y Grecia lloran la vitoria.

Pero será testigo este desierto,
qu' el español, muriendo no rendido,
llevó de Grecia y Asia el nombre y gloria.

Soneto X

Roxo sol, que con hacha luminosa
coloras el purpúreo y alto cielo,
¿hallaste tal belleza en todo el suelo,
qu' iguale a mi serena Luz dichosa?

Aura suäve, blanda y amorosa,
que nos halagas con tu fresco buelo;
cuando se cubre del dorado velo
mi Luz, ¿tocaste trença más hermosa?

Luna, onor de la noche, ilustre coro
de las errantes lumbres y fixadas,
¿consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, Aura, Luna, llamas d' oro,
¿oístes vos mis penas nunca usadas?
¿vistes Luz más ingrata a mis querellas?

Soneto XI

Suspiro, y pruevo con la voz doliente
qu' en su dolor espire l' alma mía;
crece el suspiro en vano, y mi agonía,
y el mal renueva siempre su accidente.

Estas peñas, do solo muero ausente,
rompe mi suspirar en noche y día;
y no hiere, (ô dolor de mi porfía)
a quien estos suspiros no consiente.

Suspirando no muero, y no deshago

parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto;
y cesando las lágrimas, suspiro.

Esfuerça Amor el suspirar, que hago,
y como el cisne muere en dulce canto,
así acabo la vida en el suspiro.

Soneto XII

Yo voy por esta solitaria tierra,
d' antiguos pensamientos molestad,
huyendo el resplandor del Sol dorado,
que de sus puros rayos me destierra.

El paso a la esperança se me cierra;
d' un' ardua cumbre a un cerro vo enriscado,
con los ojos bolviendo al apartado
lugar, solo principio de mi guerra.

Tanto bien representa la memoria,
y tanto mal encuentra la presencia;
que me desmaya el coraçón vencido.

O crueles despojos de mi gloria,
desconfiança, olvido, celo, ausencia,
¿por qué cansáis a un mísero rendido?

Soneto XIII

Dulces halagos, tierno sentimiento,
regalos blandos y amoroso engaño,
qu' a un rudo pecho, y del Amor estraño
fuistes grave ocasión de su tormento;

¿qué dura fuerça y grande movimiento
os deshizo, y mostró el cubierto daño?
¿por qué no me consuela el desengaño,
ya que m' ofende vêr mi perdimiento?

No me distes herida tan liviana,
qu' a lo íntimo del alma no tocarse;
quedando en ella eternamente abierta.

Faltastes; porque nunca yo alcançase

del bien, que tuve, en esperanza vana,
segura un' ora d' alegría cierta.

Soneto XIV

¿Do vas? ¿Do vas, cruel? ¿Do vas? Refrena,
refrena el presuroso paso, en tanto
que de mi dolor grave el largo llanto
a abrir comienza esta honda vena.

Oye la boz de mil suspiros llena,
y de mi mal sufrido el triste canto;
que no podrás ser fiera y dura tanto;
que no te mueva esta mi acerba pena.

Buelve tu luz a mí, buelve tus ojos,
antes que quede oscuro en ciega niebla;
dezía en sueño, o en ilusión perdido.

Bolví, halléme solo y entre abrojos,
y en vez de luz, cercado de tiniebla,
y en lágrimas ardientes convertido.

Soneto XV

En vano error de dulce engaño espero,
y en la esperanza de mi bien porfío;
y aunque veo perder m', el desvarío
me lleva del Amor, a donde muero.

Ojos, de mi deseo fin postrero,
sola ocasión del alto furor mío,
tended la luz, romped aqueste frío
temor, que me derriba en dolor fiero.

Porque mi pena es tal, que tanta gloria
en mí no cabe, y desespero, cuando
veo, qu' el mal no devo merecello;

pues venço mi pasión con la memoria,
y con la onra de saber, penando
que nunca a Troya ardió fuego tan bello.

Soneto XVI

¿Qu' espíritu encendido Amor envía
en este frío corazón esquivo,
que con l' alva en calor el pecho avivo,
y ardo al aparecer del nuevo día?

Yo m' inflamo si a Febo se desvía
la sombra; y cuando d' aquel puesto altivo
declina el Sol, me quemo en fuego vivo,
y abraso, cuando al mar tuerce la vía.

Centella soy, si el lubricán parece;
llama, cuando se vên las luzes bellas,
y el blanco rostro a Delia se colora.

Fuego soy, cuando el orbe s' adormece;
incendio al asconder de las estrellas,
y ceniza al bolver de nueva Aurora.

Soneto XVII

Despoja la hermosa y verde frente
de los árboles altos el turbado
otoño, y dando paso al viento elado,
queda lugar a l' aura d' Occidente.

Las plantas qu' ofendió con el presente
espíritu de Zéfiro templado,
cobran onra y color; y esparce el prado
olor de bellas flores dulcemente.

Mas ¡ô triste!, que nunca mi esperança,
después que l' abatió desnuda el ielo,
torna avivar para su bien perdido.

¡Cruda suerte d' amor, dura mudança,
firme a mi mal, qu' el variär del cielo
tiene contra su fuerça suspendido!

Soneto XVIII

Flaca esperança en todas mis porfías,
vano deseo en desigual tormento,

y, inútil fruto del dolor que siento,
lágrimas sin descanso, y ansias mías;

un' ora alegre, en tantos tristes días
sufrid, que tenga un triste descontento;
y que pueda sentir tal vez contento
la gloria de fingidas alegrías.

No es justo, no, que siempre quebrantado
me oprima el mal, y me deshaga el pecho
nueva pena d' antiguo desvarío.

Mas ô que temo tanto el dulce estado,
que (como al bien no esté enseñado y hecho)
abraço ufano el grave dolor mío

Soneto XIX

Yo vi unos bellos ojos, que hirieron
con dulce flecha un corazón cuitado;
y que, para encender nuevo cuidado,
su fuerça toda contra mí pusieron.

Yo vi que muchas veces prometieron
remedio al mal que sufro no cansado;
y que, cuando esperé vello acabado,
poco mis esperanças me valieron.

Yo veo, que s' asconden ya mis ojos
y crece mi dolor, y llevo ausente
en el rendido pecho el golpe fiero.

Yo veo ya perderse los despojos,
y la membrança de mi bien presente;
y en ciego engaño d' esperança muero.

Soneto XX

Si puede celebrar mi rudo canto
la luz de vuestro ingenio y la nobleza,
tendrá perpetua gloria con grandeza
de fama en el dorado y rico manto.

Pero si de mi mal no me levanto,

y Amor m' ocupa todo en la belleza,
sola y grave ocasión de mi tristeza,
por quien suspiro y me deshago en llanto;

será, en cuanto sostenga l' alma mía
el duro peso, sin temor d' olvido,
siempre vuestro valor de mí estimado.

Porqu' el sosiego y trato y cortesía
a vos todo me tienen ofrecido,
ô ilustre onor del nombre Maldonado.

Soneto XXI

Como en la cumbre ecelsa de Mimante,
do en eterna prisión arde, y procura
alçar la frente airada, y guerra oscura
mover de nuevo al cielo el gran gigante;

se nota de las nuves, que delante
buelan y encima, en órrida figura
la calidad de tempestad futura,
qu' amenaza con áspero semblante;

así, de mis suspiros y tristeza,
del grave llanto y grande sentimiento
se muestra el mal, qu' encierra el duro pecho.

Por eso no os ofenda mi flaqueza,
bella Estrella d' Amor; que mi tormento
no cabe bien en vaso tan estrecho.

Soneto XXII

Zéfiro renovó en mi tierno pecho
floridas ramas de esperança cierta,
a mansa pluvia, a sol templado abierta,
y todo se mostrava en mi provecho.

Cuando, de ielo un crudo soplo hecho,
5
d' aquella parte de calor desierta,
abate en tierra mi esperança muerta,
y el trabajo en un punto fue deshecho.

Quedó en el mesmo puesto el ielo frío,
que con el fuego en mi dolor contiene;

10

y vence alguna vez, otra es vencido.

D' allí siempre temí en el pecho mío
la nieve; qu' aunque el fuego me defiende,
medroso estoy del daño recibido.

Soneto XXIII

En la oscura tiniebla del olvido,
y fría sombra, do tu luz no alcanza,
Amor, me tiene puesto sin mudança
este fiero desdén aborrecido.

Porque de su crueza perseguido,
hecho mísero exemplo de vengança,
del todo desampare la esperança
de bolver al favor y al bien perdido.

Tú, que sabes mi fê y oyes mi llanto,
rompe las nieblas con tu ardiente fuego;
y tórnam' a la dulce suerte mía.

Mas ô si oyese yo tal vez el canto
de mi enemiga, que saldría luego
a la pura región de l' alegría.

Soneto XXIV

Oye tú solo, eterno y sacro río
el grave y mustio son de mi lamento;
y mesclado en tu grande crecimiento
lleva al padre Nereo el llanto mío.

Los suspiros ardientes que a ti envío,
antes que los derrame leve viento,
acoge en tu sonante movimiento
porque s' asconda en ti mi desvarío.

No sean más testigos de mi pena
los árboles, las peñas, que solían

responder, y quexars' a mi gemido.

Y en estas ondas, y corriente llena,
a quien vencer mis lágrimas porfían,
viva siempre mi mal y amor crecido.

Soneto XXV

Salen mil pensamientos al encuentro,
cuando estoy más ageno; y pueden tanto,
qu' a pena de mis males me levanto,
y ya me hallo en el peligro dentro.

Sin recelo mi afrenta sigo, y entro
osando (ô ciego error) para más llanto,
y aunque m' esfuerço, al fin no puedo, quanto
devo en tantas mudanças con qu' encuentro.

No es la tristeza, ni el dolor, quien haze
la guerra, que padesco, de mi daño;
qu' el mal no espanta a quien lo tiene en uso.

El bien que temo y dudo me deshaze;
que yo sé bien, por el ausente engaño,
juzgar deste presente el fin confuso.

Soneto XXVI

Subo, con tan gran peso quebrantado,
por esta alta, empinada, aguda sierra;
que aún no llego a la cumbre, cuando ierra
el pie, y trabuco al fondo despeñado.

Del golpe y de la carga maltratado,
me alço appena, y a mi antigua guerra
buelvo: mas ¿qué me vale? que la tierra
misma me falta al curso acostumbrado.

Pero aunqu' en el peligro desfallesco,
no desamparo el paso; qu' antes torno
mil vezes a cansarm' en este engaño.

Crece el temor, y en la porfía cresco;
y sin cesar, cual rueda buelve en torno;

así rebuelvo a despeñarm' al daño.

Soneto XXVII

El color bello en el umor de Tiro
ardió, y la nieve vuestra en llama pura,
cuando, Estrella, bolvistes con dulçura
los ojos, por quien mísero suspiro.

Vivo color de lúcido safiro,
dorado cielo, eterna hermosura,
pues merecí alcançar esta ventura,
acoged blandamente mi suspiro.

Con él mi alma, en el celeste fuego
vuestro abrasada viene, y se trasforma
en la belleza vuestra soberana.

Y en tanto gozo, en su mayor sosiego,
su bien, en cuantas almas halla, informa;
qu' en el comunicar más gloria gana.

Soneto XXVIII

Suäve Filomela, que tu llanto
descubres al sereno y limpio cielo,
si lamentaras tú mi desconsuelo,
o si tuviera yo tu dulce canto;

yo prometiera a mis trabajos tanto,
qu' esperara al dolor algún consuelo;
y se movieran d' amoroso zelo
los bellos ojos cuya lumbre canto.

Mas tú, con la voz dulce y armonía
cantas tu afrenta y bárbaros despojos,
yo lloro mayor daño en son quexoso.

O haga el cielo qu' en la pena mía
tu voz suene, o yo cante mis enojos,
buelto en ti, Ruseñol blando y lloroso.

Soneto XXIX

Huyo apriesa medroso el orror frío,
y l' aspereza, y aterido invierno,
y l' aura espero de Favonio tierno
contra su fuerça y contra el seco estío.

Mas, Herrera, en el grave estado mío
me ofende el prevenir, y al fin dicierno
zéfiro breve, y Aquilón eterno,
y siempre en un error por mal porfío.

Al cabo avrá de ser, qu' el destemplado
estío acabe en fuego, o en tanta nieve
rígido invierno el pecho endurecido.

Vos, qu' en sosiego, si d' amor cansado
estáis, o si pasión presente os mueve,
tened dolor de vêrme tan perdido.

Soneto XXX

Canso la vida en esperar un día
de fingido plazer, huyen los años,
y nacen dellos mil sabrosos daños,
qu' esfuerçan el error de mi porfía.

Los pasos, por do voy a mi alegría,
tan desusados son, y tan estraños,
que al fin van a acabars' en mis engaños,
y dellos vuelvo a començar la vía.

Descubro en el principio otra esperança,
si no mayor, igual a la pasada,
y en el mesmo deseo persevero.

Mas luego torno a la común mudança
de la suerte en mi daño conjurada,
y esperando contino desespero.

Soneto XXXI

El tiempo, que s' alarga al mal estraño,
y me muestra mis pasos bien contados;
si término pusiese a mis cuidados,

sería a mi esperanza desengaño.

Qu' el oro, que me tiene en nuevo engaño,
los ojos dulcemente regalados,
sin valor a mis años mal gastados
el remedio serían de su daño.

Pero si en él s' aumenta el dolor mío,
si el oro es y las luzes inmortales,
y es eterno el valor y altivo intento;

será d' amor perpetuo el desvarío,
y en las penas qu' a todos son mortales,
renacerá contino mi tormento.

Soneto XXXII

O cara perdición, ô dulce engaño;
suave mal, sabroso descontento;
amado error del tierno pensamiento;
luz, que nunca descubre el desengaño;

puerta por la cual entra el bien y el daño;
descanso y pena grave del tormento;
vida del mal, alma del sufrimiento;
de confusión rebuelta cerco extraño.

Vario mar de tormenta y de bonança;
segura playa y peligroso puerto;
sereno, inestable, oscuro y claro cielo;

¿Por qué como me diste confianza
d' osar perderme, ya qu' estoy desierto
de bien, no pones a mi mal consuelo?

Soneto XXXIII

Ardientes hebras, do s' ilustra el oro,
de celestial ambrosía rociado,
tanto mi gloria sois y mi cuidado,
cuanto sois del Amor mayor tesoro.

Luzes, qu' al estrellado y alto coro
prestáis el bello resplandor sagrado,

cuanto es Amor por vos más estimado,
tanto umilmente os onro más y adoro.

Purpúreas rosas, perlas d' Oriente,
marfil terso, y angélica armonía,
cuanto os contemplo, tanto en vos m' inflamo;

y cuanta pena l' alma por vos siente,
tanto es mayor valor y gloria mía;
y tanto os temo, cuanto más os amo.

Soneto XXXIV

Venció las fuerças el Amor tirano,
cortó los niervos con aguda espada
d' aquella dulce libertad amada,
que sin vigor suspiro siempre en vano.

Él me buelve y me trae por la mano
a do mi error y perdición l' agrada.
Mas ya la vida, de su mal cansada,
osa tornars' al curso usado y llano.

Pero es flaca osadía, y con la muerte
luchando, abraço alegre el dulce engaño,
y me aventuro en el deseo y pierdo.

Que yo no puedo ser al fin tan fuerte,
que contraste gran tiempo a tanto daño;
ni en tal error me vale ya ser cuerdo.

Soneto XXXV

Por un camino, solo, al Sol abierto,
d' espinas y d' abrojos mal sembrado,
el tardo paso muevo, y voy cansado
a do cierra la buelta el mar incierto.

Silencio triste abita este desierto;
y el mal, que ay, conviene ser callado,
cuando pienso acaballo, acrecentado
veo el camino, y mi trabajo cierto.

A un lado levantan su grandeza

los riscos juntos, con el cielo iguales,
al otro cae un gran despeñadero.

No sé, de quién me valga en mi estrechez,
que me libre d' Amor, y destos males;
pues remedio sin vos, mi Luz, no espero.

Soneto XXXVI

Llevarme puede bien la suerte mía
al destemplado cerco y fuego ardiente
de l' abrasada Libia, o do se siente
casi perpetua sombra y noche fría;

qu' en la niebla tendré lumbre del día,
templança en el calor, aunqu' esté ausente
de vos, mi bien, y Amor siempre inclemente
me niegue la esperança d' alegría.

Y no podrá mi áspero tormento,
y el inmenso dolor, que temo tanto,
turbarm' un solo punto de mi gloria;

qu' en medio de mi grave sentimiento,
de mi ielo y mi llama, alegre canto
de mi dichoso mal la rica istoria.

Soneto XXXVII

Mi bien, que tardo fue a llegar, en buelo
pasó, cual rota niebla por el viento;
y fue siempre terrible mi tormento,
después que me cercó el temor y el ielo.

Alçava mi esperança al alto cielo;
pero en el començado movimiento
cayó muerta; y sin fuerça y sin aliento
llorando estoy desierto en este suelo.

Do, sólo satisfecho de mi llanto,
huyo todas las muestras d' alegría,
ausente, aborrecido y olvidado.

Membranças tristes viven en mi canto;

y, puesto en la presente pena mía,
descanso cuando estoy más lastimado.

Soneto XXXVIII

Serena Luz, en quien presente espira
divino amor, qu' enciende y junto enfrena
el noble pecho, qu' en mortal cadena
al alto Olimpo levantars' aspira;

ricos cercos dorados, do se mira
tesoro celestial d' eterna vena;
armonía d' angélica Sirena,
qu' entre las perlas y el coral respira;

¿Cuál nueva maravilla, cuál exemplo
de la inmortal grandeza nos descubre
aquesa sombra del hermoso velo?

Que yo en esa belleza, que contemplo,
(aunqu' a mi flaca vista ofende y cubre)
la inmensa busco, y voy siguiendo al cielo.

Soneto XXXIX

Pura, bella, suäve Estrella mía,
que sin, qu' os dañe oscuridad profana,
vestís de luz serena la mañana,
y la tierra encendéis desnuda y fría;

Pues vos, por quien suspiros mil envía
mi alma, cual castísima Dïana,
movéis la empresa vuestra soberana
contra Venus y Amor con osadía;

yo seré, como aquél, que su belleza
con hierro amanzilló; y el casto hecho
lo mostró con más gloria y hermosura.

Pero tendré, de Ladmo en l' aspereza,
si Luna sois, del caçador el pecho,
y no del, qu' onró Arcadia, la figura.

Soneto XL

Viví gran tiempo en confusión perdido,
y todo de mí mismo enagenado,
desesperé de bien; qu' en tal estado
perdí la mejor luz de mi sentido.

Mas cuando de mí tuve más olvido,
rompió los duros lazos al cuidado
d' Amor el enemigo más onrado;
y ante mis pies lo derribó vencido.

Aora, que procuro mi provecho,
puedo dezir, que vivo; pues soy mío,
libre, ageno d' Amor y de sus daños.

Pueda el desdén, Antonio, en vuestro pecho
acabar semejante desvarío;
antes que prevalescan sus engaños.

Soneto XLI

Estoy pensando en mi dolor presente,
y procuro remedio al mal instante;
pero soy en mi bien tan inconstante,
qu' a cualquier' ocasión vuelvo la frente.

Cuando m' aparto, y pienso estar ausente,
de mi peligro estoy menos distante:
siempre voy con mis ierros adelante,
sin que de tantos daños escarmiente.

Noble vergüença del valor perdido,
¿por qué no abrasas este frío pecho,
y deshazes mi ciego desvarío?

Si tú me sacas deste error d' olvido;
podré dezir en onra deste hecho,
que sólo devo a ti poder ser mío.

Soneto XLII

Aura mansa, y templada d' Occidente,
que con el tierno soplo y blando frío

halagas el ardor del pecho mío,
¿qu' espíritu te mueve vehemente?

Ni Euro espira, ni Austro suena ardiente
en el furor más grave del estío;
y tú abrasas el verde prado y río,
cual al suelo Africano el Sol caliente.

Mas ay, tú t' encendiste en mi Luz bella,
y, enemiga del bien de mi ventura,
abrasaste las ondas y las flores.

Cesa Aura, no m' enciendas más, qu' en ella
ardo siempre y me abraso en llama pura.
Ah no añadas más fuego a mis ardores.

Soneto XLIII

¡O cómo buela en alto mi deseo,
sin que de su osadía el mal fin tema!
que ya las puntas de sus alas quema,
donde ningún remedio al triste veo.

Que mal podrá alabarse del trofeo,
si, estando ufano en la región suprema
del fuego ardiente, en esta vanda extrema
cae por su siniestro devaneo.

Devía en mi fortuna ser exemplo
Dédalo, no aquel joven atrevido,
que dio al cerúleo piélago su nombre.

Mas ya tarde mis lástimas contemplo.
Pero si muero, porque osé, perdido,
jamás a igual empresa osó algún ombre.

Soneto XLIV

En esta soledad, qu' el sol ardiente
no ofende con sus rayos, estoy puesto,
a todo el mal d' ingrato Amor dispuesto,
triste y sin mi Luz bella, y siempre ausente.

Tal vez me finjo y creo estar presente

en el dichoso, alegre y fresco puesto,
y en la gloria me pierdo; qu' el molesto
dolor de l' alma aparta este accidente.

Nunca silencio y soledad oscura
pueden dar a quien ama tal contento,
si no se cambiäse l' alegría.

Poco en memoria el bien d' amor me dura,
qu' aun en este ocioso apartamiento
no s' afirma en segura fantasía.

Soneto XLV

Clara, suäve luz, alegre y bella,
que los safiros y color del cielo
teñís de la esmeralda con el velo,
que resplandece en una y otra estrella;

divino resplandor, pura centella,
por quien libre mi alma, en alto buelo
las alas roxas bate, y huye el suelo,
ardiendo vuestro dulce fuego en ella:

Si yo no sólo abraso el pecho mío,
mas la tierra y el cielo, y en mi llama
doy principio inmortal de fuego eterno;

¿por qu' el rigor de vuestro antiguo frío
no podré ya encender?; ¿por qué no inflama
mi estío ardiente a vuestro elado invierno?

Soneto XLVI

Cubre en oscuro cerco y sombra fría
del cielo puro el resplandor sereno
l' úmida noche, y yo, de dolor lleno,
lloro mi bien perdido y mi alegría.

Ningún alivio en la miseria mía
hallo, de ningún mal estoy ageno;
cuanto en la confusión nublosa peno,
padesco en la rosada luz del día.

En otro nuevo Cáucaso enclavado,
mi cuidado mortal y mi deseo
el corazón me comen renovado;

do no pudiera el sucesor d' Alceo
librarme del tormento no cansado,
qu' ecede al del antiguo Prometeo.

Soneto XLVII

¿Quién osa desnudar la bella frente
del puro resplandor y luz del cielo?
¿quién niega el ornamento y gloria al suelo
de las crespas lazadas d' oro ardiente?

El impio Febo este dolor consiente,
con sacrílega invidia y mortal celo,
después que vê cubrir d' oscuro velo
la llama de sus hebras reluziente.

Con dura mano lleva los despojos,
y quiere mejorar cuanto perdía,
y altivo de sus trenças se corona;

porque ya vean los mortales ojos
siempre con viva luz un claro día
en sus sagrados cercos y corona.

Soneto XLVIII

Rompió la prora, en dura roca abierta
mi frágil nave, que con viento lleno
veloz cortava el piélagos sereno,
y apenas escapo de la muerte cierta.

Afirme el pie yo en tierra, que la incierta
onda del mar no me tendrá en su seno;
ni de mí me podrá traer ageno
vana esperança, de salud desierta.

Si la sombra del daño padecido
puede mover, Filipino, vuestro pecho,
huid sulcar del ponto la llanura;

y creed, qu' en el golfo de Cupido
ninguno navegó, qu' al fin deshecho,
no se perdiese falto de ventura.

Soneto XLIX

Esperé un tiempo, y fue esperança vana,
librar desta congoxa el pensamiento,
subiendo de Castalia al alto asiento,
do no puede alcançar Musa profana;

para cantar la onra soberana
(vêd cuán grande es, Girón, mi atrevimiento)
de quien con inmortal merecimiento
contrasta al hado, y su furor allana.

Que bien sé, qu' es mayor la insine gloria
de quien Melas bañó, y el Mincio frío,
que de quien lloró en Tebro sus enojos.

Mas ¿qué haré, si toda mi memoria
ocupa Amor, tirano señor mío?
¿qué? si me fuerçan de mi Luz los ojos.

Soneto L

Pierdo, tu culpa Amor, pierdo engañado,
siguiendo tu esperança prometida,
el más florido tiempo de mi vida,
sin nombre, en ciego olvido sepultado.

Ya no más; baste aver siempre ocupado
el pensamiento y la razón perdida
en tu gloria, mi infamia aborrecida;
que quien muda la edad, trueca el cuidado.

Yo e visto a los pies puesto un duro hierro,
y torcello la mano del cativo,
y desatarse d' aquel nudo fuerte.

Mas ô ¡que ni el desdén, ni mi destierro
pueden borrar del corazón esquivo,
lo que nunca podrá gastar la muerte!

Soneto LI

No espero en mi dolor lo que deseo,
que tanto bien no cabe en mi mal fiero;
mas deseo ya sólo, lo qu' espero;
qu' es acabar en este devaneo.

Tan cansado me tiene este deseo,
que del mísero efeto desespero,
y engañado en mi intento persevero;
y al cabo, el vano error, que sigo, veo.

Pero, ¿qué vale vêr el mal presente,
si porfío y contraste no espantado
a los bravos asaltos d' amor crudo?

No temo, y oso todo libremente;
porqu' es al corazón desesperado
la ostinación impenetrable escudo.

Soneto LII

Aquí, do estoy ausente y escondido,
lloro mi mal, pero es el dolor tanto,
qu' en mis ojos desmaya el triste llanto,
y fallece en silencio mi gemido.

Por esta oscura soledad perdido
huyo, y vo alexándome, mas cuanto
m' aparto, el mal me sigue, y pone espanto;
y no me vence en tanto afán sufrido.

Duro pecho, porfía no cansada,
rebelde condición, qu' osa y contrasta
a tan grande mudança y desventura;

llevadme por la senda acostumbrada
de mi error al peligro, que ya basta
vêr el fin, sin tentar nueva ventura.

Soneto LIII

Deste tan grave peso, que cansado

sufro, Fernando, y sin valor contraste,
procuro alçar el cuello; mas no basto,
qu' al fin doy con la carga desmayado.

De mil flaquezas mías afrentado,
m' enciendo en ira, y la paciencia gasto;
pero nunca león hambriento al pasto
va, como yo al error de mi cuidado.

Mas aunqu' oprima en mí mi mejor parte,
vêd si estoy ya d' Amor aborrecido,
oso al fin, y m' opongo a mi deseo.

Y en estos trances de dudoso Marte
será de mí, si soy varón, vencido
otro mayor qu' el africano Anteo.

Soneto LIV

Lloré, y canté d' Amor la saña ardiente;
y lloro y canto ya l' ardiente saña
desta cruel, por quien mi pena estraña
ningún descanso al coraçón consiente.

Esperé y temí el bien, tal vez ausente;
y espero, y temo el mal que m' acompaña;
y en un error, qu' en soledad m' engaña,
me pierdo sin provecho vanamente.

Veo la noche antes que huya el día,
y la sombra crecer, contrario agüero,
mas, ¿qué me vale conocer mi suerte?

La dura ostinación de mi porfía
no cansa, ni se rinde al dolor fiero;
mas siempre va al encuentro de mi muerte.

Soneto LV

Ierto y doblado monte, y tú, luziente
río, de mi çampoña conocido
cuando de los pastores el gemido
canté, y mi mal con cítara doliente;

Si nunca en vuestra cima y pura fuente
d' oír se dexa mi dolor crecido;
y si, por el camino qu' an seguido
otros, su afán llorando, voy presente;

dos bellos ojos, y un semblante onesto
son causa, que cantar bien deseara
el principio y los fines de las cosas.

El tiempo a todo pone en ser perfeto,
espero pues (si m' es la edad no avara)
mostrar, cuán varias son, y cuán hermosas.

Soneto LVI

Temiendo tu valor, tu ardiente espada,
sublime Carlo, el bárbaro Africano,
y el bravo orror del ímpetu Otomano
l' altiva frente umilla quebrantada.

Italia en propria sangre sepultada,
el invencible, el áspero Germano,
y el osado Francés con fuerte mano,
al yugo la cerviz trae inclinada.

Alce España los arcos en memoria,
y en colosos a una y otra parte
despojos y coronas de vitoria;

que ya en la tierra y mar no queda parte,
que no sea trofeo de tu gloria,
ni le resta más onra al fiero Marte.

Soneto LVII

Cual rociada Aurora en blanco velo
muestra la nueva luz al claro día;
cual sagrado luzero, del Sol guía,
sus rayos abre y tiende al limpio cielo;

cual va Venus a onrar el fértil suelo
de Cipro, y va en hermosa compañía
con ella Amor, las Gracias y Alegría,
que Zéfiro las lleva en blando buelo;

tal, ô más pura, esclareciente y bella
al día y cielo y suelo dando gloria
salistes, aquistando mil despojos.

Tendió a aquel punto Amor su red, y en ella
sus alas quemó preso; y la vitoria
entregó de mi alma a vuestros ojos.

Soneto LVIII

Alegre, fértil, vario, fresco prado,
tú monte, y bosque d' árboles hermoso,
el uno y otro siempre venturoso,
que de las bellas plantas fue tocado;

Betis, con puras ondas ensalçado,
y con ricas olivas abundoso,
cuánto eres más felice y gloriöso,
pues eres de mi Aglaya visitado.

Siempre tendréis perpetua primavera,
y del Elisio campo tiernas flores,
si os viere el resplandor de la Luz mía.

Ni estéril ielo, o soplo crudo os hiera;
antes Venus, las Gracias, los Amores
os miren, y en vos reine l' Alegría.

Soneto LIX

Vos, celebrando al son de noble lira
(insine Soto) vuestra dulce pena,
del Dauro la ribera tenéis llena,
y el verde bosque, que de vos s' admira;

Yo aquí, do Amor en mi dolor conspira,
solo en esta desierta, ardiente arena
rompo mis ojos en profunda vena,
y el grande Betis con mi mal suspira.

Dichoso vos, qu' en luz d' inmortal fuego
de vuestra Fenis renováis la gloria,
que no podrá cubrir niebla d' olvido.

Yo mísero, sin bien, herido y ciego
avivo de mis males la memoria,
desesperado, y nunca arrepentido.

Soneto LX

Asconde, tardo Bágrada en tu seno
la fiera armada de tu osada gente,
y, arrancando los cuernos de la frente,
pierde el orgullo, ya d' esfuerço ageno;

qu' a todo el ancho ponto pone freno,
vengando con la aguda espada ardiente
los insultos, que sufre el Occidente,
el domador del Cita y Agareno.

Verás la tierra presa, el mar sangriento,
y, al nombre de Baçán temblar medroso
el coraçón más bravo y arrogante;

y, atado en hierro el cuello descontento,
rendirs' al braço suyo poderoso
cuanto abraçan el Nilo y grande Atlante.

Soneto LXI

Cual d' oro era el cabello ensortijado,
y en mil varias lazadas dividido;
y cuanto en más figuras esparzido,
tanto de más centellas ilustrado.

Tal de luzientes hebras coronado,
Febo aparece en llamas encendido;
tal discurre en el cielo esclarecido
un ardiente cometa arrebatado.

Debaxo el puro, proprio y sutil velo
Amor, gracia, y valor, y la belleza
templada en nieve y púrpura se vía.

Pensara, que s' abrió esta vez el cielo,
y mostró su poder y su riqueza,
si no fuera la Luz de l' alma mía.

Soneto LXII

Hazer no puede ausencia, que presente
no os vea yo, mi Estrella, en cualquier' ora;
que cuando sale la purpúrea Aurora,
en su rosada falda estáis luziente.

Y cuando el Sol alumbra el Oriënte,
en su dorada imagen os colora;
y en sus rayos parecen a desora
rutilar los cabellos y la frente.

Cuando ilustra el bellissimo Luzero
el orbe, entre los braços puros veo
de Venus encenders' esa belleza.

Allí os hablo, allí suspiro y muero,
mas vos, siempre enemiga a mi deseo,
os mostráis sin dolor a mi tristeza.

Soneto LXIII

Error fue vano disponer el pecho,
enseñado al dolor d' Amor esquivo,
a nueva libertad; qu' al fin cativo
buelvo, no sé si diga a mi despecho.

Pudo traerm' el crudo a tal estrecho,
qu' abrió en la fuerça d' un semblante altivo
la vena, que de nuevo en fuego vivo
encendió al corazón, ya un ielo hecho.

Mas, ¿qué mucho?; ¿no vêmos inflamarse
un pedernal herido, y encontrado
un hierro en otro, despedir centellas?

¿Cómo puede mi pecho no abrasarse
al golpe del Amor, si está tocado
siempre en el fuego de mis dos estrellas?

Soneto LXIV

Ya qu' el sugeto reino Lusitano
inclina al yugo la cerviz paciente;
y todo el grande esfuerço d' Occidente
tenéis, sacro señor, en vuestra mano;

bolved contra el suelo órrido Africano
el firme pecho y vuestra osada gente;
que su poder, su corazón valiente,
que tanto fue, será ante el vuestro en vano.

Cristo os da la pujança deste imperio
para que la fê nuestra s' adelante,
por do su santo nombre es ofendido.

¿Quién contra vos, quién contra el reino Esperio
bastará alçar la frente, qu' al instante
no se derribe a vuestros pies rendido?

Soneto LXV

Ya el rigor importuno y grave ielo
desnuda los esmaltes y belleza
de la pintada tierra, y con tristeza
s' ofende en niebla oscura el claro cielo.

Mas, Pacheco, este mesmo órrido suelo
reverdece, y pomposo su riqueza
muestra; y del blanco mármol la dureza
desata de Favonio el tibio buelo.

Pero el dulce color y hermosura
de nuestra umana vida, cuando huye,
no torna; ¡ô mortal suerte, ô breve gloria!

Mas sola la virtud nos asegura;
qu' el tiempo avaro, aunqu' esta flor destruye,
contra ella nunca osó intentar vitoria.

Soneto LXVI

Esta rota y cansada pesadumbre,
osada muestra de sobervios pechos;
estos quebrados arcos y deshechos,
y abierto cerco d' espantosa cumbre;

descubren a la ruda muchedumbre
su error ciego, y sus términos estrechos;
y sólo yo en mis grandes males hechos
nunca sé abrir los ojos a la lumbre.

Pienso que mi esperanza a fabricado
edificio más firme; y aunque veo
que se derriba, sigo al fin mi engaño.

¿De qué sirve el juicio a un obstinado,
que la razón oprime en el deseo?
De vêr su error, y padecer más daño.

Soneto LXVII

¡O breve don d' un agradable engaño,
dulce mal del contento aborrecido,
cuán presto pierdes el color florido,
y muestras los despojos de tu daño!

El oro buelto en plata un blanco paño
cubre, y el color vivo y encendido
de los ojos, sin fuerça ya y perdido,
de tu vencido orgullo es desengaño.

Acabas, y tu dura tiranía;
y al fin si acabas, mueres con vitoria
de nuestro error en devaneo tanto.

Mas quien por ti s' olvida, y desvaría
del camino, perece sin memoria
con mayor culpa en un perpetuo llanto.

Soneto LXVIII

Yo bien pensava, quando el desdén justo
refrió en duro ielo el fuego ardiente
del corazón, y con osada frente
s' opuso contra Amor fiero y robusto;

que no bastara a derribarm' el gusto,
ni a torcerm' el intento otro accidente;
que ya me conocía diferente,

y libre d' un tirano tan injusto.

Mas al primer sonido del asalto
desamparo la fuerça, y el escudo
rindo y armas temblando antes del hecho.

Bien sé qu', en lo que devo a la onra, falto;
mas el temor, que della está desnudo,
y otra fuerça mayor, vencen mi pecho.

Soneto LXIX

Pongan en tu sepulcro, ô flor de España,
la virtud militar y la vitoria
grandes ciudades presas en memoria,
y todo el noble mar qu' a Grecia baña.

Tú solo, tú con singular hazaña
ganaste vencedor tan alta gloria,
que las voces se cansan de la istoria,
que tus ínclitos hechos acompaña.

El furor d' Otomano quebrantado
será justo despojo, qu' esculpido
en lengua de la fama alce tu nombre

con tal blasón; valor nunca domado,
ingenio y arte hazen que vencido
no pueda ser del tiempo un mortal ombre.

Soneto LXX

Solo y medroso, del peligro cierto,
qu' en la guerra d' Amor temido avía,
con fortuna mejor tarde huía
en tanta tempestad seguro al puerto.

Mas en el paso del camino incierto,
cuando con más descuido proseguía,
Amor, qu' en vuestros ojos m' atendía;
d' un golpe atravesó mi pecho abierto.

Y antes que yo pudiese de mi pena
alabar la ventura, invidiöso

huyó con vos, y me dexó perdido;

cual huye el parto do el Éufrates suena,
y rebuelve el cavallo presuroso,
dexando al fiero contendor herido.

Soneto LXXI

Del fresco seno ya la blanca Aurora
perlas de ielo puras esparzía,
y, con serena frente alegre abría
el esplendor suäve, qu' atesora;

el lúcido confín d' Euro y de Flora
con la rosada llama, qu' encendía
Delio aún no roxo, al tierno y nuevo día
esclarece y esmalta, orla y colora.

Cuando sale mi Luz, y en Oriënte
desmaya el vivo lustre; ô vos del cielo
vagas lumbres, si tanto se consiente,

digo, con vuestra paz, qu' en mortal velo
pareció más que vos bella y fulgente
mi Luz, qu' onora el rico, Esperio suelo.

Soneto LXXII

Amor en mí se muestra todo fuego,
y en las entrañas de mi Luz es nieve;
fuego no ay, qu' ella no torne nieve,
ni nieve, que no mude yo en mi fuego.

La fría zona abraso con mi fuego,
5
l' ardiente mi Luz buelve elada nieve,
pero no puedo yo encender su nieve,
ni ella entibiar la fuerça de mi fuego.

Contrastan igualmente ielo y llama;
que d' otra suerte fuera el mundo ielo,
10
o su máquina toda viva llama.

Más fuera; porque ya resuelto en hielo,
o el corazón desvanecido en llama,
ni temiera mi llama ni su hielo.

Soneto LXXIII

Tú, que con la robusta y ancha frente
y grandes ombros sustentaste alçado,
rey Africano, todo el consagrado
cerco de las estrellas reluziente;

y tú, que cuando Atlante temblar siente
la inmensa carga, sin doblar cansado
el vigor de tu cuello, levantado
sufriste tanto peso osadamente;

yo no os invidio, aunqu' en la grandeza
y en valor desigual; porqu' el sereno
cielo y estrellas do el Amor se cría;

y donde reina eterna la belleza,
sostuve gloriöso y de bien lleno,
cuanto sufrió la corta suerte mía.

Soneto LXXIV

Dond' el dolor me lleva, vuelvo el paso
tan cansado y perdido, que no tengo
para arribar fuerça, y nunca vengo
a conceder holgança al cuerpo laso.

El mal me sigue, d' uno en otro paso,
perpetuo y grave, tal, que lo sostengo
sólo por entender, qu' en mí me vengo
de cuanta pena por Amor yo paso.

Si en este afán, qu' a d' acabarse tarde,
osara esperar bien, fuera descanso
dulce y regalo mi mortal congoxa.

Mas ya remedio no vendrá, que guarde
el corazón caído; y más me canso,
cuando el trabajo intenso en algo afloxa.

Soneto LXXV

Sigo por un desierto no tratado,
sin luz, sin guía, en confusión perdido,
el vano error, que solo m' a traído
a la miseria del más triste estado.

Cuanto m' alargó más, voy más errado,
y a mayores peligros ofrecido,
dexar atrás el mal m' es defendido;
qu' el paso del remedio está cerrado.

En ira enciende el daño manifiesto
al corazón caído, y cobra aliento,
contra la instante tempestad osando.

O venceré tanto rigor molesto,
o en los concursos de su movimiento
moriré, con mis males acabando.

Soneto LXXVI

El triste afán del corazón doliente
con la memoria de mis males llena
vo repitiendo por tu sola arena,
sacro rey de las aguas d' Occidente.

Las ondas acrecienta a tu corriente,
socorriendo a tu curso con la vena
de mis ojos llorosa, y junto suena
el suspiro qu' esfuerça a la creciente.

Al fin gasto el umor y cesa el viento,
y esala el fuego con incendio tanto,
que d' úmido te haze ardiente río.

En vano intentas a este encendimiento
resistir; pues no pudo el grave llanto,
quebrantar su rigor, del dolor mío.

Soneto LXXVII

Cese tu fuego, Amor, cese ya, en tanto
que respirando de su ardor injusto,
pruebo a sentir este pequeño gusto
de vêr mi rostro umedecido en llanto.

Que nunca el alto Edna con espanto
los grandes miembros y el rebelde busto
del impio, que cayó con rayo justo,
puede encender, ni nunca encendió tanto.

No amortiguan mis lágrimas tu fuego,
antes avivan su furor creciendo,
aunque vençan del Nilo la corriente.

Si suelto en agua rompo el nudo luego,
¿qué más te agrada desatollo ardiendo?
¿es menos mal lo qu' es más diferente?

Soneto LXXVIII

Amor, en un incendio no acabado
ardí del fuego tuyo, en la florida
sazón y alegre de mi dulce vida,
todo en tu viva imagen transformado.

Y aora (ô vano error) en este estado,
no con llama en cenizas escondida,
mas descubierta, clara y encendida,
pierdo en ti lo mejor de mi cuidado.

No más; baste, cruel, ya en tantos años
rendido aver al yugo el cuello ierto,
y aver visto en el fin tu desvarío.

Abra la luz la niebla a tus engaños,
antes qu' el lazo rompa el tiempo, y muerto
sea el fuego del tardo cielo mío.